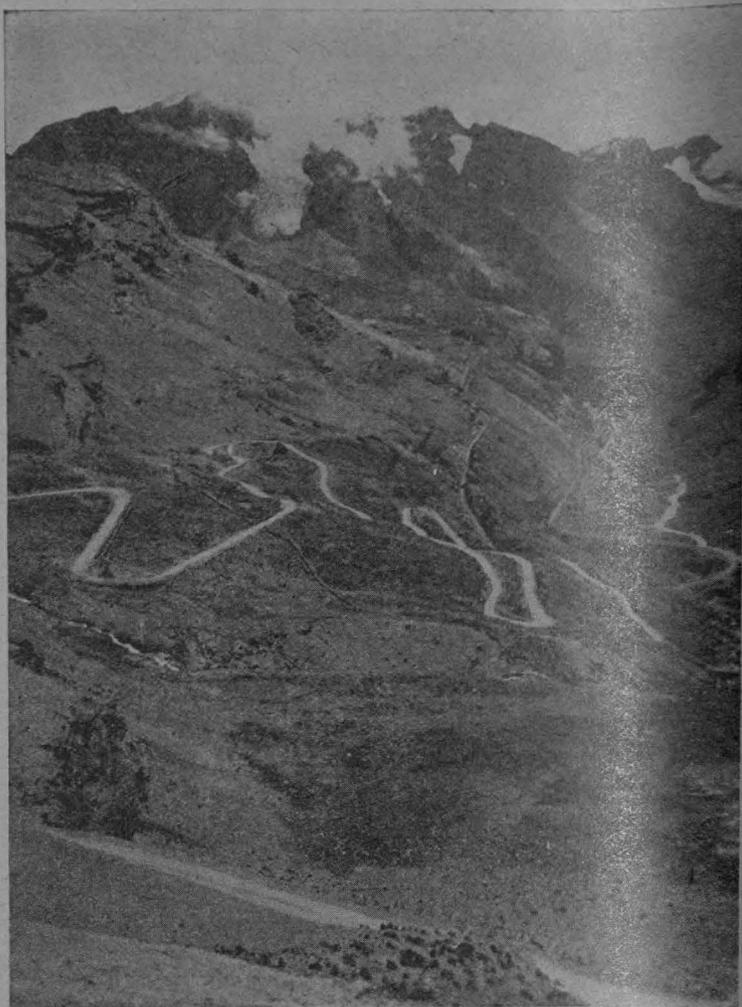


IMPRESIONES DE VIAJE

PUEBLO E N DESGRACIA

P O R
FRANCISCO CURT LANGE



Camino a Yungas.—Un estrecho cañón conduce desde los contrafuertes del Huayna Potosí a la prodigiosa tierra de Yungas.

(Conchuyo)

EL mestizaje depende fundamentalmente de las condiciones materiales en que se realiza. Un mestizo nacido de un indio y una blanca, criado en un ambiente de pobreza, pero dotado del deseo de evolucionar, tendrá que luchar desesperadamente por imponerse y no pocas veces será víctima de un ambiente adverso. Pero un hijo nacido de idéntica proporción sanguínea, pero como resultado de las veleidades de un señor feudal, quien lleva a su alcoba alternativamente cuanta mujer alcanza su mandato, quizás tenga más probabilidad de progresar, ante todo, cuando su progenitor le tenga alguna consideración. Se comprende que el mestizo, en su afán de luchar y de subir, olvida el ambiente del que surgió y que traiciona frecuentemente el medio indígena, al que pertenece. La reacción de los indios, ante tales evasiones, es cada vez mayor, pero el hecho en sí se explica por las condiciones especiales de vida en que se des-

envuelven las distintas capas sociales en Bolivia. Si los Gobiernos se preocupasen de un amplio plan de educación social, de protección a la infancia, de profilaxis colectiva, en vez de gastar sumas ingentes para los ejércitos, cuya fuerza no guarda relación con la capacidad económica de sus países y sobrepasa lejos las exigencias que demandaría una defensa en caso de agresión, muy pronto se llegaría a transformar la vida andina y centroamericana. Los pastores protestantes, en La Paz y en Puno, que lograron exterminar en ciertos distritos el uso de la coca, demuestran lo que puede realizar un espíritu dotado de miras elevadas y sujeto a la organización y disciplina.

Es cierto que en el mestizo obran por ascendencia dos caracteres distintos. Me refiero desde luego a aquel que sea el resultado inmediato de la primera unión de sangre europea, hablando en términos generales, y de sangre india. Se produce un choque de elementos constituyentes de carácter, espíritu, mentalidad y temperamento, distri-

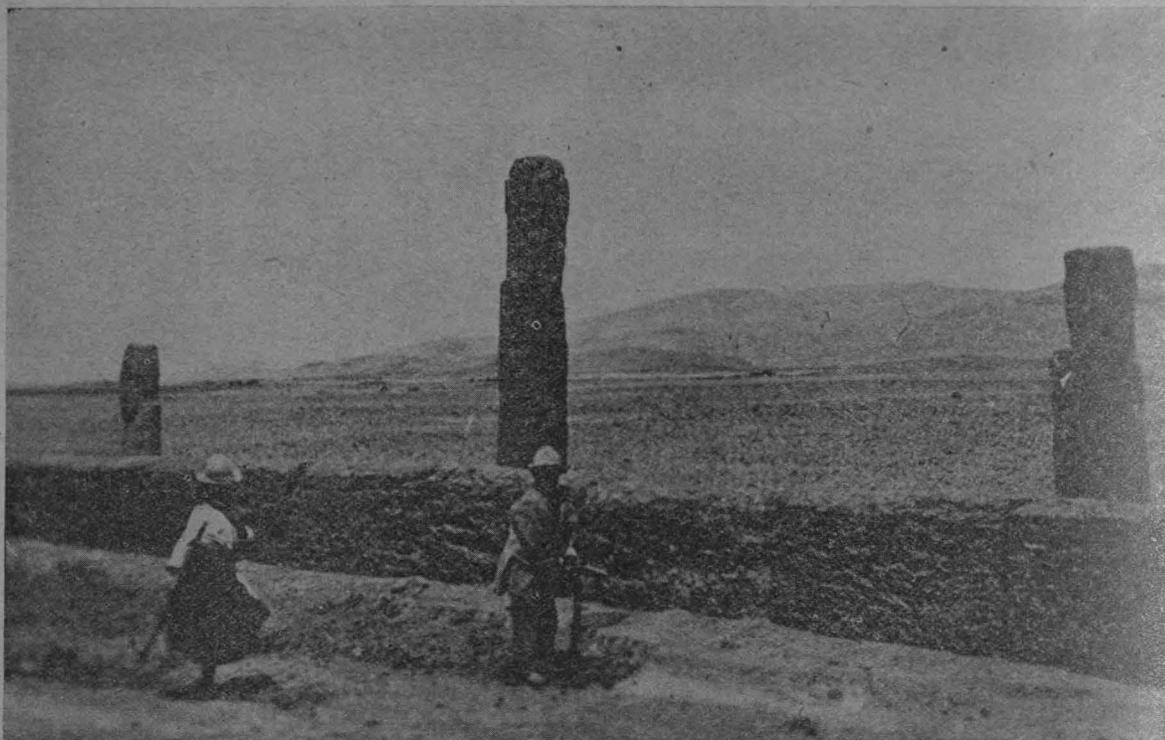


El lago Titicaca, al amanecer, cerca de Puno.

buídos caprichosamente, según la influencia paterna o materna, y raras veces equilibrados. En semejante choque, caracterizado por su violencia, aparecen los resultados de cuatro siglos de esclavitud, de sufrimientos y humillaciones, unidos a la audacia, el emprendimiento y la actividad acostumbrada del blanco. Nos encontramos, por consiguiente, frente a un ser que, con frecuencia, es rehacio, desconfiado, rebelde, curioso, emprendedor, inteligente, enérgico y aplicado. Es un cúmulo de conflictos que nos señalan visiblemente el carácter y conducta del mestizo a la luz de una observación diaria. Pero nadie puede negar la inmediata elevación de nivel que comprenden el conocimiento y la intervención práctica, positiva y útil, en el engranaje de la vida económica de un país. Se observa perfectamente en el Brasil, donde el negro no ha pasado aún de posiciones serviles, por ascendencia, humildad y ciertas costumbres y exigencias; pero el mestizo, en cambio, ya se ha elevado, ocupando altos puestos en la administra-

ción pública, en las artes y las ciencias. No es posible, desde ningún punto de vista, desdeñar el mestizo cuando el mestizaje es el único camino que conduce, desde el extranjero explotador a través de una gama intensamente variada de tipos —entre ellos está también el individuo que reniega de su procedencia indígena—, hasta la fusión total de razas, la eliminación de preconceptos y la marcha ordenada hacia un cuerpo nacional homogéneo.

No olvidemos tampoco lo fundamental de todo este problema. En nuestros países existió desde un principio una marcada tendencia hacia las profesiones superiores que podían escalar solamente los hijos de los acaudalados. Durante años observamos una total despreocupación por la enseñanza oficial de las pequeñas profesiones: el artesanato y las industrias menores. El individuo está obligado a aprender desordenadamente, según las circunstancias; su formación carece de disciplina, de conocimientos fundamentales, y en la mayo-



Tiwanaku.—El indio sigue trabajando, junto a los inmutables testigos de un pasado mejor, la tierra de sus antepasados.

ría de nuestros talleres hallamos a hombres improvisados, cuyo trabajo y cuya conducta durante la labor, fueron las causas para establecer la definición, llena de desprecio: de *criollo*. Trabajar "a lo criollo", quiere decir, proceder sin orden, sin disciplina, con informalidad y quizás también con pretensiones injustificadas. Pero este estado de cosas no es sino el reflejo de la conducta gubernamental. Las pocas escuelas industriales que tenemos actualmente en el Continente (es preciso excluir el gran esfuerzo que hizo México), no satisfacen a infinidad de profesiones y oficios que necesitan, como todos, de gentes disciplinadas, poseedores de conocimientos suficientes para explotar racionalmente una industria.

El mestizo, en la actualidad, no hace sino confirmar lo que antecede. Cholo y chola, pero especialmente esta última, representan un avance efectivo, en el cual han influido considerablemente la ciudad y los progresos de nuestra época. La chola constituye un tipo de mujer especial, muchas veces de hermosas facciones, que resaltan por su equilibrio perfecto. Las extremidades encantan por su torneado perfecto y nos seducen sus pies diminutos y sus manos pequeñas. De espíritu vivaz, su desenvolvimiento en la vida revela un sentido práctico muy desarrollado, especialmente en el pequeño comercio, al que se dedica preferen-

temente. En sus manos hábiles está la venta de los artículos de primera necesidad y una visita a las recovas permite la comparación con ciertos "ghettos", tanto por el tumulto de las gentes pobres y la suciedad, como por el regateo y el deseo visible de sacar el máximo de ventaja del artículo que pretende vender. Pero la recova boliviana tiene como indiscutible ventaja un cuadro que no repele y que es optimista, por el color, el ambiente y el cielo sonriente de La Paz. La chola reúne a su habilidad por el comercio y su espíritu de ahorro, una vida muy frugal y económicamente medida y representa, numéricamente hablando, una considerable riqueza que permanece oculta y asoma tan sólo parcialmente, en días de fiesta, cuando luce su rica vestimenta y sus adornos de oro y plata.

En este mismo sentido, se han formado continuamente reproches al indio, sosteniendo que es una masa muerta que no produce y no consume y que pesa en la economía de Bolivia. Los que sostienen este absurdo punto de vista, desconocen totalmente la organización social y económica de aquel país y buscan deliberadamente establecer conceptos falsos. La verdadera fuente de recursos, inagotable, ha sido la mano indígena y mestiza, que *no pesa* en la economía boliviana, porque sigue siendo explotada. Su aporte no sólo es de carácter material en forma de contribuciones en

efectivo, al erario público; estas contribuciones las hace permanentemente. Las otras están representadas en su desgaste físico y se explica por su condición de siervo que es explotada por una minoría que desea eludir esas contribuciones y desplazarlas hacia esa masa castigada. Pero aun en lo estrictamente material, la masa obscura del pueblo paga constantemente su prebenda, tanto al Estado como a aquel otro Estado, color fúnebre (tan disonante en el Altiplano), cuyos representantes, el *tata cura*, exprimen las comunidades para las fiestas religiosas del año, exaltando el amor propio del indio y obligándole, en muchísimos casos, a vender su energía muscular por varios años, con tal de hacer frente a los gastos de una fiesta religiosa para la cual ha sido designado como patrón.

Personalmente, el tipo cholo me resulta muy simpático, porque el nivel de su "ilustración" es muy superior al del indio, con lo cual consigue que no sea tan fácil explotarle, haciéndosele más fácil vencer las asperezas de la vida diaria. A la vez demuestra, en su pequeño comercio, que ha aprendido el sistema del abuso que emplea desde tiempos inmemoriales el comercio grande.

En toda la franja Oeste de nuestro Continente, encontramos una superposición de conflictos que imponen la naturaleza, los hombres y la historia. Mesetas, cumbres, tajos y llanuras. Calor sofocante y frío de muerte, un aire impregnado de humedad próximo a la saturación, atmósfera cristalina, bóveda límpida y transparente. Zonas de agricultura donde el esfuerzo se triplica, bajo la amenaza continua de una naturaleza adversa: carencia de agua, heladas, aluviones violentos, sequedad de aire. Toda vía de comunicación representa una hazaña ciclópea, un esfuerzo físico y material sobrehumano. Y a esta costosa salida de productos, a través de estrechos cañones y junto a crestas de blanca nieve, se une el problema de razas: una falta de homogeneidad del material humano, una arbitraria distribución de sus recursos y de sus condiciones intrínsecas. Blancos, mestizos e indios, he aquí el escalafón de mentalidad más que de constituciones físicas, que se oponen violentamente, al igual que la naturaleza, a una labor armónica, a la unidad de pensamiento y procedimiento, a la formación de una cultura que responda íntegramente al medio.

En Indoamérica hay choques de intereses y de ideologías, de principios y de procedimientos, en lo material, lo humano y lo espiritual. La naturaleza salvaje, los obstáculos serios que opone constantemente al esfuerzo del hombre, nada significan frente a la situación antagónica de los grupos étnicos y de su constitución material. La voluntad humana, aumentada por el esfuerzo colectivo y fortalecida por un sentir psíquico uniforme,



La Paz.—En medio de los contrastes sociales está la Cholita sonriente, que ofrece sus pequeños productos pacientemente.

vence a la naturaleza y la explota según sus necesidades. Para llegar a este dominio, la población de Bolivia, la masa aún inconsciente, debe realizar una obra preliminar, más significativa y más transcendental: vencerse a sí misma para imponer una conciencia viva, guardián celoso de una marcha ordenada y justiciera hacia un bienestar común. Conseguido este principio elemental, también serán resueltos, con relativa facilidad, y bajo la sonrisa de una aurora de premisión, los obstáculos topográficos que sirven hoy de excusa obligatoria para justificar la falta de unidad y el atraso material y espiritual de un país.

En estas tierras flota, como vemos, un aire de tragedia que no es posible quitar de su vida diaria. En Bolivia se siente más de cerca el fenómeno de las alturas y su influencia en la formación del espíritu. Y es así que se desea, con el fin de llegar a explicaciones claras, unir a la tragedia del Altiplano la influencia del cosmos y la atracción de la tierra. Difícil resulta, empero, fijar en conceptos definitivos ese algo que flota y pesa sobre

REMINGTON



LA REMINGTON NOISELESS PORTATIL (COMPLETAMENTE SILENCIOSA) ES EL ARTICULO MAS LUJOSO EN MAQUINAS DE ESCRIBIR PORTATILES, TANTO POR SU MANEJO CUANTO POR SU APARIENCIA.

PUEDE USARSE EN EL HOGAR, EN LA OFICINA, EN EL HOTEL O EN EL TREN, SIN MOLESTAR A NADIE. PARA APRECIAR DEBIDAMENTE UNA "NOISELESS PORTATIL" DEBE USTED USARLA.

Remington Rand International, S. A.

Madero 55

Apartado 1423

México, D. F.

las gentes, bajo la cúpula diáfana del cielo de la Paz.

Con sus "Impresiones suramericanas", Keyserling convulsiónó todo un continente, en el campo de la literatura y de la especulación filosófica. Pocas veces se ha podido comprobar mejor el servilismo espiritual que ha adoptado el restringido mundo intelectual de la América del Sur. El viaje de Keyserling adquirió para muchos el significado de la llegada de un Mesías predestinado para pronunciar la última palabra sobre los hondos problemas de nuestro continente. El resultado inmediato que obtuvo el filósofo alemán de este viaje, fué un considerable aumento del tiraje de su obra, luego de una gran expectativa que había producido su paso por nuestros países, anunciado con mucho ruido por los rotativos, reflejos de nuestro periodismo improvisado e incapaz. Resulta sumamente interesante observar, en los comentarios de su obra y en la literatura posterior a su estada, el efecto que produjeron los conceptos que virtiera sobre los hombres y la tierra que visitara. En nuestros países encontramos frecuentemente el rechazo, lleno de indignación, o la aceptación incondicional, de juicios, teorías y doctrinas. El espíritu crítico desaparece casi siempre cuando se trata de personalidades europeas. La obra de Keyserling produjo protestas airadas, en algunos casos, y loas entusiastas, en muchos otros, y fueron pocos, en realidad, los que supieron adjudicar al viaje y a las reflexiones del filósofo, el lugar y el grado de importancia que les corresponde. Por más penetración intuitiva que poseyera el hombre, ni el tiempo ni el ambiente en que viviera y actuara, pudieron facilitarle el deseo de desentrañar la psiquis continental. En su obra aparece el pensamiento alemán universalizado, que juzga, durante su excursión caleidoscópica los fenómenos psicológicos de nuestra raza en formación. Para esto se basa en muy escasos conocimientos de los múltiples y muchas veces intrincados aspectos que ofrece la evolución de las respectivas regiones. Para una apreciación profunda de nuestros problemas también la reconocida disciplina filosófica de Keyserling hubiera necesitado muchos años de labor previa. Además, no le corresponde el establecimiento de una doctrina filosófica indoamericana ni creo que él haya pensado jamás contribuir a la misma. Serán nuestros hombres los que la forjarán, al correr del tiempo, absorbiendo nuestras necesidades profundas, luchando por los principios fundamentales de ideas y conceptos nuevos. Tampoco favoreció a Keyserling el ambiente en que actuara, esa atmósfera viciada de satélites, adulones, seúdolitratos y mujeres semihísticas que, más que los elementos de verdadero valor, se agrupan alrededor de hombres precedidos de fama universal.

Idéntico fenómeno se pudo observar durante las estadas de Waldo Frank y de Krishnamurti. Si Keyserling hubiese podido desenvolverse libremente, con un conocimiento previo de la evolución accidentada, tanto material como cultural, de cada uno de nuestros países, estudiando largamente la psiquis popular y los problemas sociales y políticos en que se debaten, conociendo la inquietud espiritual de nuestros elementos representativos, su libro hubiera adquirido otras formas y otro contenido que aquel que quieren atribuirle sus admiradores. Lo que he querido decir en este comentario es que aún en el caso más favorable, no es posible eliminar por completo los preceptos de las doctrinas europeas vueltos medula de la especulación filosófica en todo individuo formado en aquel ambiente. Son muy pocos los que, venidos de ambientes estrechos, están dispuestos y capacitados—esto es, dotados de una gran flexibilidad y asimilación—para adquirir la amplitud que nos dan en nuestras latitudes el panorama y el espíritu generosos del latino-americano. No nos debe resultar extraño, por tanto, que fuera precisamente Buenos Aires, transplante de lo europeo, quien más aplaudiera las ideas emitidas por el conde filósofo.

**IMPRESA
ENCUADERNACION
RAYADOS
LITOGRAFIA
GRABADOS
EN ACERO Y COBRE**

Gráficos, S. A.

**FABRICA DE SELLOS
DE GOMA
TESIS
REALCES
CAJAS PLEGADIZAS
PROPAGANDA
COMERCIAL**

5 de Febrero y Alfredo Chavero
Tel. Mex. L-38-63 y L-61-17
Eric. 2-20-14 • México, D. F.

Es por demás interesante que el tema, casi diría fundamental, de su trabajo, gira alrededor de la revelación que le había reservado la visita a nuestro continente: la influencia telúrica en el hombre que se manifiesta especialmente en las grandes alturas, en la llamada *Puna*. Hay muchos motivos, si consideramos la constitución fisiológica y la edad de Keyserling, que hacen creer fundadamente que él sintiera estas influencias con particular fuerza, quizás exageradamente, en relación a individuos cuyos órganos funcionan normalmente. En efecto, a personas sanas, el mal de montaña, la *puna* o el *sorojche*, no pueden producirles trastornos ni tampoco un mayor desgaste del corazón, no siendo en los días que necesitan para aclimatarse. La vida en las alturas es particularmente sana, como lo demuestran las personas dedicadas a una actividad normal, carente de vicios. No olvidemos tampoco que toda la conquista, y posteriormente la época de la emancipación de la tutela española, representa una serie de hazañas realizadas merced a grandes esfuerzos físicos, y en alturas considerables.

Sin embargo, el Altiplano, con su influencia en el físico del individuo parece traer, acompañadas, otras particularidades que influyen en la mentalidad. No es posible negarlo y personas de un fino

sentido de penetración lo experimentan. Personalmente creo, que la ciencia no se ha detenido aún lo suficientemente en los fenómenos de las alturas. De todos modos, es un cúmulo de elementos, telúricos y estelares (o cósmicos), que ejercen una influencia indiscutible. Las condiciones climatológicas, a cuatro mil metros de altura, en medio de una atmósfera distinta a la que conocemos y estudiamos sobre el nivel del mar o en pequeñas elevaciones, tienen que permitir la penetración de elementos cósmicos aún no descubiertos. A su vez, el suelo ejerce una gran influencia en el individuo: tierra de minerales, suelo volcánico y radioactivo que encierra a su vez muchos misterios desconocidos. Ya se ha estudiado y observado con alguna detención este fenómeno en Arequipa. Quisiera hacer destacar aquí nuestra ignorancia frente al Universo. Nunca se sentirá con más fuerza que en las alturas y todo individuo de preparación integral, que no se ha perdido en lo llano y por los sistemas de divulgación cada vez más vacíos, notará en sí el despertar de un sentimiento religioso completamente indefinido, pero fuerte y sincero. Se comprende y se explica, se siente y se queda emocionado por la mitología incaica y pre-incaica. En las alturas, el espíritu del hombre puede regenerarse y adquirir fuerzas nuevas, absorbidas de lo desconocido y de lo incomprensible, capaces de vencer todo dogma, todo racionamiento, todo principio concluyente de las ciencias positivas.

Junto a estas fuerzas profundas, plenas de misterio, adquieren carácter secundario las que emanan del ambiente. Ya dijimos que Bolivia se está indigenizando, aunque la minoría llamada culta detesta toda manifestación autóctona y alimenta la pretensión de conducirse con modales de Hidalgo y con gestos, pensamientos y hechos aprendidos de los europeos y estadounidenses.

La sociología y etnología llegaron a rechazar la influencia del ambiente en el hombre, sosteniendo que éste transforma el medio en que vive y lo obliga amoldarse a su mentalidad, lo cual equivale a decir que ésta no cede ante las impresiones diversas que lo causan, la naturaleza y la colectividad en que se desenvuelve. Esto podrá sostenerse siempre que consideremos como ambiente la existencia de estos dos factores y no al individuo, aislado, rodeado de soledad, frente a la naturaleza como ambiente físico.

Supongamos, con cierto derecho y alguna experiencia, que ambas fuerzas ejerzan una influencia recíproca, obligándose de este modo a una transformación mutua. Reducida así la influencia de la naturaleza en el hombre a la mitad del alcance que anteriormente se le atribuía, queda aún esa fuerza menguada que dividiremos en *influencia exterior* que emana del panorama, despertando la

PARA ANUNCIOS EN ESTA

REVISTA

Dirigirse al señor

ALFONSO E. BRAVO

Tesorero de la

Universidad Nacional de México

Justo Sierra 16 - México, D. F.

visión plástica, la recreación del espíritu, la fe y el misticismo, y en el *clima*, físico y social, influyendo el primero poderosamente en nuestro sistema nervioso con el consiguiente desenvolvimiento armónico o accidentado de nuestra acción mental y corporal, y el segundo, el clima social, en el retroceso, en el vegetar o el adelanto, de una colectividad de seres, en su inventiva para la lucha material y su necesidad de expansión espiritual, germen de toda cultura legítima.

El boliviano es poseedor de un temperamento que le distingue considerablemente de la zona Sur del Continente. Reconcentrado, meditabundo, poco comunicativo, algunas veces desconfiado, representa al tipo particularísimo del Altiplano. La constitución social influye en este complejo de elementos, la situación etnológica lo aumenta, el aislamiento natural de los grandes centros de población lo transforma en notorio. Todo esto se refiere principalmente a las gentes de ciudad, a lo cual debería agregarse (*vox populi* entre los viajeros) que el boliviano es informal. Nosotros lo disculpamos por la anormalidad política y social que viene atravesando la población desde años atrás, con repercusiones en todo orden de cosas.

El indio triste, hierático, de figura vencida, rehacio, cohibido y callado, mitad creación de la literatura romántica y sentimentalista (véase sin ir muy lejos a Rodó), mitad resultado inevitable de los medios más habitados o también desolados donde ha buscado refugio, desaparece donde ha sabido conservar su antigua actividad y desenvolvimiento en las pocas comunidades indígenas que se mantuvieron incólumes ante las innumerables vejaciones de que fueron víctimas. Donde el indio trabaja libremente, para el bien colectivo y el suyo propio, donde puede desenvolver sus facultades sin que sufra observaciones, castigos, humillaciones y la cadena interminable de contribuciones materiales al erario público o a los caprichos de algún *misti*, allí desborda su alegría de vivir en un optimismo constructivo, en una laboriosidad ejemplar y sana. Es así que podemos confirmar una deducción lógica: a cuatro mil metros de altura, más cerca del cosmos y a la vez más cerca de las entrañas de la madre tierra, el hombre debe ser mejor y de sentimientos más sanos. ¿Acaso no es doloroso constatar que el blanco no haya sabido hacer otra cosa que acentuar hasta el límite de lo posible las diferencias arbitrarias, llevando a las alturas sagradas, cerca de Tihuanacu, y de allí hasta Potosí, todos los vicios imaginables de la humanidad? Hasta por su situación geográfica, el Altiplano, cumbre truncada del mundo, nos daría motivos suficientes para exigir que sus hombres tengan una visión superior, un dominio más fácil sobre las flaquezas humanas, un concepto ele-

vado de la vida, un deseo de continuar la famosa sabiduría de los *amautas*.

Nunca, en país alguno de nuestro continente, habría más necesidad que en Bolivia de investigar a fondo las causas fundamentales que originaron su actual situación política y social, describiendo los hechos para llegar a la raíz misma de los desaciertos, de los apetitos ilimitados, de los errores humanos. (12) Quizás no agrade a muchos bolivianos este deseo nuestro y menos aun las consideraciones que lo motivaron y que están expuestas a lo largo de estas impresiones. Por el camino de la reflexión serena nos explicamos muchos hechos: la extraña inflamabilidad del pueblo, de lo mejor del pueblo, frente al fenómeno de la guerra. Descontando los numerosos casos de jóvenes escondidos, apenas comenzadas las hostilidades, lo cual constituye un delito flagrante frente al entusiasmo de la juventud universitaria e incluso del débil manifiesto de los intelectuales (que es todo un documento para la historia), hubo una participación decidida que se justifica cuando se tienen en cuenta la prensa de La Paz, entregada incondicionalmente a los partidarios del militarismo, y la gran facilidad de aislar aún más del resto del mundo a una población que vive alejada del mismo hasta en tiempos normales. Hábilmente explotado el espíritu nacional en un pueblo que ya sufrió vejámenes internacionales con las derrotas de Chile y del Acre, se orientó todo su interés hacia la zona deshabitada, en litigio: el Chaco. Las poblaciones, del Paraguay y de Bolivia, recordaron en aquellos instantes con la suficiente claridad que ambos países tenían vastísimas extensiones desconocidas e inexploradas, y que no se trataba de una lucha territorial sino de un enconado encuentro de intereses financieros, enquistados en ambos países y tolerados por las naciones limítrofes, interesadas en sacar ventajas de la situación anormal que representaba una guerra, principalmente por el enorme aumento de tráfico.

También es doloroso pensar que haya existido en Bolivia un Estado Mayor capaz de declarar al Gobierno que el país estaba militarmente preparado, con sus bases de aprovisionamiento, con su red de carreteras de acceso, para garantizar en fácil desenvolvimiento de las acciones bélicas. La situación política interna debe haber sido particularmente grave como para distraer la atención y la energía del pueblo en una aventura tan descabellada. El conocimiento de la topografía de Bolivia basta para sostener que solamente un país

(12) Alcides Arguedas lo ha hecho de tal manera que recibió el calificativo de historiador morbosos, que se deleitaba en el relato minucioso de las desgracias bolivianas.

inmensamente rico, perfectamente organizado, sometido a una explotación racional de sus problemas de viabilidad y poseedor de recursos naturales inagotables, podría haberse permitido el lujo de realizar una guerra a gran distancia de su base de abastecimiento, dependiendo del tránsito obligatorio por países vecinos parcial o totalmente interesados en semejante estado de anormalidad, no contando con ferrocarriles propios pero sí, con instructores mercenarios que contribuyeron gustosamente a la vanidad de varios presidentes que deseaban que Bolivia poseyese un fuerte ejército nacional.

Vemos que la visión desde las alturas, geográficamente explicable, ha fracasado en lo concerniente a un problema tan grave como lo representa la guerra con el Paraguay. Efectivamente, la meseta es demasiado grande, excesivamente vasta y quebrada, y La Paz, capital del país, se ha escondido, buscando refugio, entre las desnudas pendientes, de un color monótono, de una hondonada estrecha. El único ábra que ésta hubiera podido ofrecer a sus habitantes, está cerrado por la visión predominante de la mole ciclóplea del *Illimany*. Notamos desolación por doquier, aunque las faldas, desde tiempos atrás, podrían ostentar el eucaliptus de fácil arraigo, que resultaría de un verde vivo, en comparación con el suelo amarillento de *Chaquiapu*. (13) La aparente visión amplia desde el Altiplano, supuesto trono del mundo latinoamericano, se hundió en el más grave aislamiento, perdió contacto con las poblaciones circundantes y separó las regiones en vez de fundirlas en una sola entidad geográfica. Cada región es ajena a los problemas fundamentales de las otras. Sus climas, sus productos, sus necesidades son distintas. Los pobladores del Beni, un paraíso inexplorado, más rico que el Chaco, no puede sentir mayor apego por el Altiplano. La corriente de los ríos que lo atraviesan, en dirección al Este, señalan de un modo definitivo, un alejamiento. La Paz no atrae, rechaza. No se comprendió en el Altiplano exactamente la situación especial del Chaco y los problemas insolubles que podría suscitar. Para la mayoría de las gentes, el enigmático pedazo de tierra estaba demasiado lejos como para que fuera comprendida la situación que provocó. Hasta el mapa nos enseña que La Paz, en lugar de estar en el centro del país, está situada sobre la frontera con el Perú. Fueron muchos los que rehusaron pelear. Durante la guerra se produjeron

(13) Decíase que las laderas que conducen hacia el sitio donde está hoy La Paz, estaban cubiertos enteramente por una vegetación agradable. Hallamos hoy solamente algunos plantíos de eucaliptos, que se pierden en la inmensidad de las laderas desnudas.

escenas muy significativas cuando se intentó trasplantar masas humanas del Altiplano al Chaco. Poblaciones enteras se opusieron (indias, naturalmente). Para los habitantes de las alturas, la lucha no representaba ninguna afectación a la integridad nacional. Los innumerables gobiernos que tuvo Bolivia, nunca se preocuparon de la instrucción del indígena y él no pudo entender los intrincados movimientos de las líneas fronterizas. Su inteligencia natural se guiaba por la lógica. Luchar contra los paraguayos les pareció un absurdo, porque éstos jamás vinieron a perturbar la paz de sus hogares. Distinto hubiera sido el comportamiento y la reacción del indígena si la agresión si hubiera efectuado en su medio, si hubiese experimentado en carne propia el ataque de un enemigo. El traslado al Chaco, de esa masa militarmente indisciplinada, descontando el indio incorporado al ejército—significó nada más que un recurso extremo, pero en cambio, un total desconocimiento de la psiquis del indio que solamente en las alturas, en el medio que conoce y ama, sabe desenvolverse con habilidad y astucia. En la selva chaqueña, además de un clima mortífero, insoportable para los que estaban acostumbrados al aire puro y al frío de invierno de sus montañas, carecían de orientación. Sepultados en sus trincheras perdieron ese contacto íntimo con la tierra que conservan aun cuando están en lo profundo de sus minas. Se sintieron oprimidos y vieron peligros por doquier. La maleza y los árboles eran obstáculos desconocidos para el reconocimiento de las posiciones enemigas; acostumbrados al Altiplano límpido, chocaban con una pared verde que les impedía una visión clara de la situación. (14) Sólo así nos explicamos la desmoralización total de los indios, apenas cundía la noticia de estar cercados. Estar rodeados implacablemente, por una cortina de fuego, por un enemigo invisible que estaba escondido entre los matorrales y árboles, esa situación de angustia de no ver y no poder atropellar con una desesperación incontenible, traía para ellos un estado de absoluto decaimiento o de una loca reacción. Hombres libres, acostumbrados a un horizonte sin fin y a la proximidad de los nidos de cóndores, buscaron no muy pocas veces, engegucidos, la muerte, rompiendo contra el cerco en busca de libertad. Agreguemos a ello el calor, la falta de agua, una arena calcinante y traidora, árboles huecos que daban paso a las balas y no dejaban guarecerse, una alimentación insuficiente, marchas forzadas que al cabo de los días hacían perder la

(14) Son innumerables los testimonios de excombatientes que nos hablan de la desorientación del indio en el ambiente del Chaco.

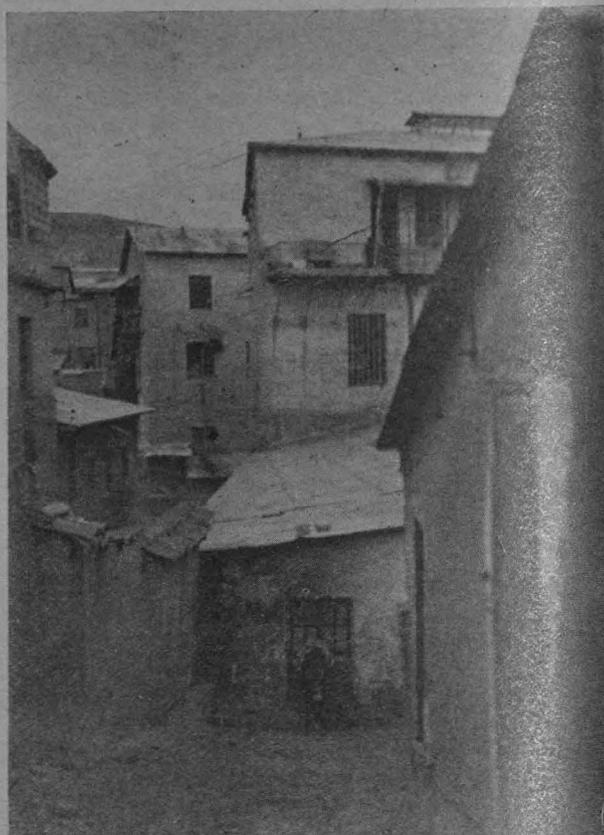
orientación y tomaban carácter mecánico y de monotonía. (15) Y a pesar de estas desventajas, los militares bolivianos tuvieron que reconocer que fue nuevamente la masa india la que mejor soportaba las adversidades, la que demostraba un valor ejemplar y la que menos exigencias tenía. Siempre sufriente, el eterno recurso para las campañas, desde las expediciones de Almagro hasta nuestros días, el indio ha pagado el más grande tributo a las exigencias de la política, del militarismo, del capitalismo internacional que no conoce fronteras, sino intereses, del clero materializado que predica las doctrinas de Jesús, levantando con una mano la cruz y recogiendo con la otra las abundantes contribuciones arrancadas por la amenaza del infierno o por haber sabido despertar en el indio la ambición de figurar en las innumerables fiestas religiosas del año. Fue el esfuerzo indio que levantó las catedrales, los templos, los caserones de antaño. Fue el sudor y la sangre indígenas que regaron el suelo del Altiplano en las innumerables guerras y revoluciones. Basta leer la historia de Bolivia, o simplemente, el relato de la Breña, por el mariscal Cáculos, para darse cuenta exacta de la importancia que tuvo siempre la población india como elemento de acción, como poderoso y a la vez único medio para conseguir una finalidad política, ganar una campaña, dar un cuartelazo. Desespera pensar que continúa inevitablemente este yugo, en medio de la indiferencia de los países que no conocen ni tuvieron jamás que enfrentarse a tan graves problemas, países cuya prensa se preocupa de regímenes sociales europeos, discutiendo su implantación en nuestros ambientes, sin preocuparse jamás por llamar la atención al mundo entero de injusticias sociales tremendas que existen en la América Latina, en el continente que está formado por países que se llaman "hermanos" y que exaltan públicamente su libertad comparándola con las dictaduras de los regímenes autoritarios de Europa; poblaciones, en fin, que se preocupan y se rebelan contra la injusticia cometida con Etiopía por un pueblo rapaz, y no saben o no recuerdan que desde cuatro centurias sufren en nuestro continente millones de seres una explotación inaudita, estando a merced de los apetitos del más fuerte y a pesar de estar protegidos, en apariencia, por la constitución de su régimen democrático...

(15) De los innumerables relatos chaqueños recuerdo el Diario de Guerra del teniente boliviano José Daza, que falleció durante el sitio de Boquerón. Véase la anotación del día 26 de septiembre: "...Entonces estamos perdidos, sólo por culpa del Gobierno y de ese gran Estado Mayor General..."

En nuestro continente, la ignorancia, el egoísmo y la indiferencia, nos convencen siempre de nuevo de las dificultades que se oponen a una cooperación material e intelectual latinoamericana. ¿Acaso ignoran los comentaristas políticos, sabedores de problemas sociales, que en Indoamérica, reina la miseria, el hambre, la inmundicia, la explotación y la persecución más crueles? ¿No saben que nuestros países son analfabetos por excelencia y que una minoría privilegiada dirige desde tiempo, sin variar los procedimientos, la tragedia sin fin del indio? Desgraciadamente, los intelectuales, en su afán de superación espiritual, y los artistas, en su obsesión permanente por crear, se alejan de los graves problemas sociales. Su comprensión no pasa más allá de la teoría, salvo muy raras excepciones. En algunos, influidos por los años y por la ascensión material, la antigua simpatía suele volverse desdén. Todo, hasta el arte y la especulación filosófica parecen depender, en primer término, de la comunidad, del deseo de no ver interrumpida su labor o su descanso que creen merecer. Es así que no creo que muchos bolivianos comparten en la práctica ideas que establecieron teóricamente. Quizás se deba ello al concepto sobre la minoría selecta que se siente autorizada para dirigir, desde arriba, a la masa ignorante. Una cosa es reconocer una injusticia social y la inteligencia natural de la raza humillada, otra es la llamada "incorporación al medio". Esta incorporación no podrá hacerse sino con una profunda transformación de la economía del país, volviendo sobre las bases mismas de la organización indígena y de su derecho a la tierra. El indio no puede ni debe ser incorporado a regímenes viciados. Y este proceso no podrá ser dirigido "a distancia", sino solamente mediante la participación de grandes y talentosos organizadores que saben "descender" hacia la masa, confundiendo con sus necesidades más fundamentales. Y este descenso del mejor saber, unido a un humanitarismo práctico y eficaz, preparará el advenimiento de un huracán renovador capaz de arrancar de raíz los grandes males, portador de una moral nueva que transformará a un pueblo en desgracia en otro, consciente de su destino y pleno de optimismo.

Estas líneas pretenden ser una acusación y no una reacción ridícula, causada por las incomodidades que puede sentir un viajero en Bolivia. Recuerdo siempre a una americana, de botas y pantalón de montar, periodista de un gran órgano de publicidad de Nueva York, que estaba enfurecida por los trámites complicados que originaba la visación de los pasaportes, por la alimentación que no le satisfizo, por la falta de agua que no le permitía bañarse a gusto y por muchas otras fútiles

zas que le parecieron motivo suficiente para sostener que en sus informes a Nueva York haría todo lo posible para desacreditar al país visitado. Bajo el punto de vista de la comodidad, Bolivia no puede, en los actuales momentos, satisfacer las exigencias de los viajeros curiosos, de mirada epidérmica, que fruncen la nariz ante el indio sucio, miran aburridos el panorama, husmean por un rato los restos maltratados de Tiahuanacu, llenan las valijas de antigüedades falsificadas y se quejan de los efectos de la altura. Hasta el momento no se ha intentado seriamente explotar el turismo y ninguna comodidad semejante a la de otros países podrá ofrecerse al viajero. Es así que éste, decepcionado, causa un gran mal al divulgar exterioridades sin explicar los motivos fundamentales de un estado de cosas que le resultó desagradable y molesto. No ama al país dolorido, le es indiferente el espasmo en el que se retuerce su cuerpo social y le interesa solamente su propia comodidad. Para él, si llega a visitar sucesivamente Cochabamba, Sucre, Potosí, Santa Cruz, Uyuni, Oruro y La Paz, no existe sino un gran atraso, y no comprende ni busca explicarse el por qué permanece invariable, desde épocas pasadas, la vivienda miserable de las poblaciones mineras, su alimentación insuficiente, las condiciones de trabajo inhumanas, semejantes a las de animales de carga. No ve sino grandes extensiones sin poblar y no investiga las causas de la inactividad, los motivos que transformaron regiones fértiles en desiertos, la razón que explica y justifica la situación sanitaria de la población indígena. Quizás conciba el estado medioeval y la esclavitud del indio como una necesidad, como una consecuencia natural de la lucha y del triunfo del más fuerte sobre el más débil, convicción que en un país como Estados Unidos, de prejuicios raciales y religiosos, sigue existiendo en nuestros días. Esto sí, no tendrá en cuenta que la incomodidad en los ferrocarriles se debe a la indiferencia de las compañías extranjeras que obtuvieron concesiones leoninas y se encuentran siempre bien respaldadas en sus procedimientos poco escrupulosos que comienzan por la alteración del itinerario y terminan en una pésima comida. Es cierto, no conviene a los países pregonar por un turismo benefactor hasta tanto no hayan logrado orden en su propia casa. Por suerte, decimos nosotros, no se ha llegado a despertar en La Paz el hambre por turistas, la formación increíblemente rápida de centenares de individuos sin escrúpulo que molestan, engañan y estafan al viajero, haciendo su estado insoportable, como está sucediendo en el Cusco. Lo curioso de esta nueva y fácil profesión está en lo siguiente: el que la ejerce se cree con el sagrado derecho de expoliar a cuanto curioso se arriesga a sus dominios.



La Paz.—Conventillos y más conventillos.

Sin embargo, el estudioso de verdad, el viajero experimentado, no comenta las molestias personales, ni tendrá en cuenta el trato adverso o favorable que reciba de parte de aquellas personas de quienes esperaba ser atendido. El sufrimiento que producirá en él lo observado, se transformará en un deseo vehemente de ayudar, de participar en un cambio de situación que eleve el nivel actual de una población perseguida por la desgracia. Nunca sentí con más convicción la necesidad de unir los destinos sociales y políticos del Perú con los de Bolivia, que ahora, cuando reflexiono, en la capital del Incario, sobre lo visto y lo vivido. La indiscutible ventaja que en materia de educación cívica posee el pueblo peruano, como consecuencia de los largos años de dictadura de Leguía, del salvajismo de Sánchez Cerro y del ensañamiento ya indisimulado de Benavides, debe servir de apoyo a la situación confusa de Bolivia. Y aunque en tantos años no pocos espíritus claudicaron, viene formándose un sector, en la oposición, que es portador de una gran conciencia colectiva, de esa conciencia que no he encontrado en Bolivia y que quizás tampoco hubiera hallado en el Perú si el caso de Leticia hubiera degenerado en una guerra tan prolongada y sangrienta como la del Chaco. La unidad en la acción política y social, favorecida por la identidad de problemas, sería de un valor incalculable, para la conquista de los postulados más

esenciales. No olvidemos tampoco que la mayoría de las poblaciones de ambos países son, étnicamente hablando, hermanas de leche, nacidas del mismo tronco. ¡Unidad por encima de las fronteras arbitrarias, unidad en el pensamiento y en la acción, en la educación y en las bases para una cultura nueva! Desde aquí debe partir, con la organización social-política, la idea de un nuevo Tehuantsuyo. Con una reorganización agropecuaria, la restitución de los ayllus, la repartición de las tierras, la legislación de las comunidades y marcas, una potente masa humana, consciente de su labor colectiva, podrá oponer una valla decidida a los imperialismos que amenazan desde Chile, la Argentina, el Brasil y Estados Unidos.

* * *

Cuando largó amarras en el puerto de Guaquí el "Ollanta", mi despedida del pueblo en desgracia no consistió en metérme con los ingleses en el comedor extrañamente limpio. Hacía rato que el sol había desaparecido. El altiplano en dirección a La Paz, estaba rígido, inmensamente desolado, silencioso. Desde allí avanzaba la penumbra y envolvía el caserío de Guaquí, callado y desnudo, donde comenzaba a titilar alguna luz. De Oeste venía un viento fresco y el lago, que años atrás bañara las orillas de la ciudad sagra-

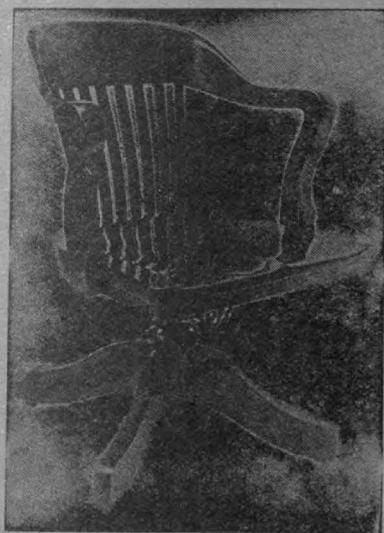
da, estaba ligeramente encrespado por la brisa. El verde esmeralda conservaba a pesar del avance de la noche, algo de su color verdadero. Pronto asomaba la luna. La nave separaba la plata líquida del lago cercado por las siluetas oscuras de las montañas que lo bordean. A lo lejos se apercibía el resplandor pálido en los campos de nieve del *Illampu*.

¡Noche de reflexiones, noche de recuerdos! Se agolpaban en mi mente los días vividos en Bolivia, junto a su población y junto a su naturaleza. Había vibrado al unísono con ese pueblo aislado y castigado por el infortunio y me confundí con la grandiosidad de su suelo. Había vivido y aprendido mucho y todo, hasta la miseria que ví, me hizo llenar de gratitud por cada día que pude pasar en aquel ambiente.

No existe hora más oportuna para alejarse de un país que un atardecer, ni medio más adecuado que un navío. Solo, en la cubierta, se salda cuentas con lo que se hunde en la noche, separado por la profundidad de las aguas. Y en aquella soledad, he jurado mi promesa de volver para vivir plenamente, así como me lo enseñó el indio, y con él, la naturaleza. Y tenía cierto apuro en hacerlo, porque sabía que con cada metro que ganaba el vapor en dirección al Poniente, me aproximaba de nuevo a las ciudades donde no se vive, pero sí, se vegeta.

"EL EBANO"

Fábrica de sillas
y muebles para
oficina



RODOLFO PRIETO, SUCS.

CALZADA DE LA VIGA, 4 Teléfonos: 2-03-97. J-21-34

MEXICO, D. F.